

## CUENTO POR LA PAZ: EN TUS ZAPATOS

De Lola Amo

Era un hombre rutinario. Se levantaba cada día a la misma hora y repetía los mismos gestos: incorporaba el torso, se paraba unos segundos apoyado sobre ambas manos, retiraba con un ademán decidido la ropa de cama y estiraba lentamente una pierna fuera de la cama, siempre la misma pierna. Finalmente, apoyaba el pie desnudo sobre las frías baldosas de mármol.

Ese primer contacto con el mundo firme le bastaba para despejar las brumas del sueño y recuperar totalmente la consciencia. Desde el primer momento en que su pie contactaba con el suelo, una ola de furia le recorría el cuerpo y le hacía sentirse fuerte, indestructible.

Era un hombre poderoso, el emperador del país más duro de la Tierra, se había ganado su fama de violento a fuerza de ser el más despiadado y cruel en todas las guerras en las que intervenía. Y, desde luego, intervenía en muchas, durante todo su reinado, su país jamás conoció la paz.

Cientos de asesores le aconsejaban que cesase en su empresa batalladora, miles de madres le suplicaban de rodillas, los vecinos hicieron manifestaciones, recogieron firmas, enviaron mensajeros,...

Nada minaba su determinación, su ambición desmedida era su obsesión, apenas comía ni bebía más allá de lo justo para subsistir, no podía perder tiempo con esas frivolidades, dedicaba hasta su último minuto a plantear estrategias, planificar ataques, probar nuevas armas cada vez más destructivas.

Tampoco tuvo bastante tiempo para el amor, o acaso no tuvo bastante corazón; se vio a los 60 años sin hijos ni esposa, ni más familia que un pobre sirviente al que llamaba “chico”, pues, en su loco empeño, jamás encontró un momento para preguntarle su nombre.

Era un hombre terrible, violento, desconsiderado, intolerante y rígido. La propia tierra se estremecía a su paso y no había una sola persona que no le temiera como al mismo diablo.

Y, sin embargo, cada noche, en el descontrol de los sueños; este hombre dueño del terror, se veía a sí mismo como un ser diferente. En sus sueños era un hombre bondadoso y amable que reinaba con justicia y rectitud, que respetaba la dignidad de todas las personas, que aborrecía la violencia en cualquiera de sus formas y defendía la tolerancia y el diálogo como caminos para la convivencia pacífica. En sus sueños, la Paz era su única bandera.

Nadie podía siquiera sospechar el milagro que se producía cada noche aunque sólo fuera un sueño. ¿Nadie?. Una persona sí, el fiel “chico”, que en realidad se llamaba Pepe y era de Campaspero, era el único que se había acercado lo bastante al rey como para descubrir en el fondo de aquella furiosa mirada una chispa de luz, una mínima esperanza. Sólo él podía siquiera intuir que, allá dentro, en lo más profundo y recóndito de aquella alma atormentada, había una semilla de paz.

Tras mucho cavilar, se decidió a intervenir e ideó un plan, una noche, venciendo su miedo, decidió ponerlo en práctica, aunque en ello le fuese la vida.

Fue a la habitación del rey mientras dormía y, con el cordón de uno de sus zapatos, ató a los barrotes de la cama la pierna del rey con la que siempre se levantaba. Se aseguró bien de hacer tantos nudos como la cuerda dio de sí, para que nadie pudiera soltarlos y se retiró sigilosamente, como había entrado, a esperar el amanecer.

La mañana llegó y el rey repitió su sempiterna rutina, ya se había incorporado en la cama y se apoyaba en sus manos cuando, al intentar estirar la pierna para levantarse, sintió un fuerte tirón en el tobillo y una sensación dolorosa que le llenó de estupor, lo intentó de nuevo, y otra vez aquella sensación lacerante unida al desasosiego, empezó a hacerle sudar y le entrecortaba la respiración.

Tras varios intentos vanos descubrió el motivo de su bloqueo y procuró deshacer aquella maraña imposible, buscó con la mirada a su alrededor y descubrió sobre la mesa de noche un pequeño abrecartas que juzgó útil para romper aquel cordón. Intentó alcanzarlo sin alterar su postura, pero le resultó imposible, estiró el brazo y apenas rozaba con los dedos el borde de la mesilla, por fin se incorporó plenamente y se vio impulsado por su propia inercia a sacar un pie de la cama, lógicamente el único pie que no tenía atado. Por un breve instante tuvo una ligera sensación de mareo, aquel incidente alteraba gravemente su rutina, pero salir de la cama con un pie distinto al acostumbrado era más de lo que su mente rutinaria podía procesar, durante unos segundos tuvo la certeza de que el mundo se acababa allí mismo, de que era el fin de los tiempos.

Y de repente, su pie contactó con el suelo. En su interior se desató un volcán de sensaciones, una sacudida eléctrica le subió por la pantorrilla, le hizo cosquillas en el estómago y vino a instalarse en su mente y en su alma como un bálsamo suave que le liberaba de toda su furia, no alcanzaba a descifrar el significado de aquella ola de alivio que había evaporado su violencia, ya no deseaba pelear sino dialogar, no ansiaba poder sino justicia, no sentía ira contra el mundo sino tolerancia, no odiaba a sus semejantes, antes al contrario, los consideraba sus iguales, sus hermanos, y deseaba protegerlos y cuidarlos como un precioso bien. Estaba intentando procesar tantas emociones cuando entró en la sala su fiel “chico”, Pepe, ya sabemos. Se miraron ambos con miradas interrogativas, el rey quería saber qué había pasado, Pepe quería saber si después de esta seguiría conservando la cabeza, a la que había tomado mucho aprecio a lo largo de sus años de vida. Balbuceante, Pepe se atrevió a susurrar un ligero “majestad”, y esperó la respuesta conteniendo la respiración. El rey apenas pudo pronunciar una palabra: “perdón”.

¿Cómo era esto posible? ¿qué artificio, maleficio o beneficio podía haber obrado semejante prodigio? . Jamás antes el rey pronunció nunca tal palabra ni se tenía conocimiento de que

siquiera supiera que estaba incluida en el diccionario. Pepe sabía la verdad y ya, animado como estaba, se vino arriba y se lanzó:

Majestad, durante toda vuestra vida habéis sido un buscalíos, no hay guerra en la que no hayáis intervenido, durante años os habéis comportado como un búfalo desbocado y no habéis dejado títere con cabeza. Pero todos vuestros problemas se reducían a uno solo: Cada mañana, sin querer o sin saber y sin pensar en las consecuencias os habéis estado levantando con el mismo pie, os levantabais en pie de guerra. Y claro, cuando uno está en pie de guerra sólo ve las cosas con los ojos de la violencia. Yo os he obligado a cambiar, os he hecho ver las cosas desde otra perspectiva, con otros ojos, os he obligado a levantaros con el otro pie, “en pie de paz”, y de repente habéis visto el mundo con los ojos de la sabiduría que sólo la paz puede ofrecer.

El rey, desde aquel día nunca volvió a levantarse con aquel “mal pie” y para asegurarse pidió a Pepe que cada noche se lo volviera a atar con su cordón, para evitar que en un descuido o en una emergencia se le escapara apoyarlo primero en el suelo. Envió cartas, mensajeros, palomas, postales y e-mails por todo el reino decretando que todo el mundo debía levantarse siempre “en pie de paz”.

¿ Y tú? ¿con qué pie te levantas?. Para levantarte de verdad en pie de paz, tienes que calzarte los zapatos de toda la humanidad, porque tú eres todos los hombres y mujeres del mundo, no olvides:

- Que si un hombre derrama una sola gota de sangre de otro hombre, es la tuya la que se derrama.
- Que si un niño es obligado a luchar en la guerra de los mayores, es tu hijo el que carga el fusil.
- Que si una mujer es maltratada en cualquier parte del planeta es tu cuerpo el que sufre los golpes.
- Que si un ser humano pasa hambre, miedo, frío o dolor, es tu hermano el que sufre.

- Que si una persona es discriminada por el color de su piel o su religión, eres tú el negro, el árabe, el otro.

Tienes derecho a soñar con un mundo donde no haya privilegios, donde se reparta la riqueza con justicia, donde impere la solidaridad .Trabaja, sueña y apuesta por una vida digna para todos.

Ojo, no bajes la guardia, pon el corazón, el alma, las fuerzas y las ganas en esta lucha; la paz es muy frágil y hay que afianzarla cada día, recuerda que sólo está atada con un cordón de zapatos.

LOLA AMO